
REVISTA PANORAMIA

ABRE TU MENTE

N-20 | AÑO 2020



UNIVERSIDAD
DEL QUINDÍO

**COMUNICACIÓN
SOCIAL – PERIODISMO**
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y BELLAS ARTES

**Laboratorio
Narrativo**



OFICIOS & AFICIONES

EDICIÓN ESPECIAL N-20

2020

UNIVERSIDAD DEL QUINDÍO

RECTOR

José Fernando Echeverry

OFICINA ASESORA DE COMUNICACIONES

Jhonny Rico Osorio

DOCENTE ENCARGADO

César Alberto Aristizabal

MONITORES, LABORATORIO NARRATIVO 2019

Johan Andrés Rodríguez,
Katherine Serrato

REVISTA PANORAMIA

DIRECCIÓN

César Alberto Aristizábal Valencia

ASISTENTE DE DIRECCIÓN

Johan Andrés Rodríguez Lugo

EQUIPO EDITORIAL

César Alberto Aristizábal,
Johan Andrés Rodríguez Lugo,
Katherin Serrato,
Julian David Huertas,
Isabella Rendón,
Alejandra Mejía,
Luisa Zapata.

DIAGRAMACIÓN

Johan Andrés Rodríguez

PORTADA y CONTRAPORTADA

Christian David Acuña

LABORATORIO NARRATIVO

LABORATORIONARRATIVOCSP@UNIQUINDIO.EDU.CO
www.laboratorionarrati0.wixsite.com/labnarrativocsp

CONTENIDO



Katherin Serrato

Crónica
MATECITOS

Johan Andrés Rodríguez Lugo

Crónica
¡Todos se me bajan!
Reseña
Un atardecer muy rojo



Santiago Castro Castillo

Foto-reportaje
Magdalena

Andrés Felipe Cadavid

Perfil
Un cohiba para Casandra



Valeria Uràn

Reportaje
Los últimos días de los mineros artesanales

César Alberto Aristizábal

Diatriba
Lo que tu abuela te diga, ¡eso harás!



Natalia Barriga

Crónica
¡Precaución, organos suseptibles a hacer huelgas!

R E V I S T A
PANORAMIA

ABRE TU MENTE

OFICIOS & AFICIONES
Armenia, Quindío
2020

Laboratorio
Narrativo



EDITORIAL

Devuélvase a su infancia, piense en la casa donde creció, sus vecinos, los alrededores, la tienda de la esquina, el bombillo de la panadería prendido desde las cuatro de la mañana y dos horas después el olor a pan recién caliente. Luego, piense en otra de las esquinas y doña Marta, doña Alicia o Doña consuelo que desde las cinco de la mañana prendían el carbón y ponía a asar las arepas que posteriormente serían desayuno. Piense en don Luis y los fiados que nos hizo anotando en ese cuaderno cada compra que no se pagaba. Ahora piense en sus padres, sus tíos o sus abuelos y esas colecciones de carros, de tarjetas, de billetes, de relojes, de hojas caídas de los árboles que fueron protagonistas en cada paseo familiar. Piense en sus juguetes preferidos y si aún los conserva. Piense en el primo aficionado a correr carros, jugar videojuegos o en su tío Alonso pintando casas.

Luego abra su mente y recuerde lo que su madre le decía cuando le aparecía un roto en su pantalón, a sus zapatos o a sus camisas. Recuerde que si ella no los cosía iba donde la modista que además era la mejor amiga, o llevaba los zapatos donde don Fabio para que al otro día estuvieran listos. Piense en don Ricardo o en don Simón que en cada ocasión especial eran los fotógrafos que acompañaban a la familia y que además se volvían parte de ella. Piense en que hubo un momento en que los hospitales no daban a vasto y las parteras eran protagonistas, piense en don Alonso y su sonrisa o sus malas

palabras al conducir un autobús, piense en esa tía que para cualquier problema tenía a su amiga la yerbatera para darle solución, luego piense en el padre del pueblo, en la guerra que ha invadido este país y se dará cuenta que cada día dejamos cosas atrás y que las tradiciones se nos van diluyendo en la memoria.

Cada uno desde su labor se encarga de multiplicar los saberes del ser humano. En esto cabe resaltar que el valor que se le da a cierto conocimiento parte de nuestros marcos de referencia. En esta línea de ideas, la presente edición de Panoramia muestra desde Oficios y Aficiones como algunos saberes ancestrales pueden perdurar; por un lado, gracias a todos aquellos que permanecen en sus trabajos y por otro debido a ese romanticismo de añorar el pasado.

Se hará un recorrido por diversos lugares, para conocer de cerca procesos que nos sorprenden y se nos hacen lejanos, como: la vida de mineros artesanales, quienes luchan por no perder su derecho al trabajo; el diario vivir de un conductor de bus que debe soportar a sus pasajeros, o viceversa; las visiones de una mujer que se conecta con sus clientes por medio de un habano; y otras aficiones y gustos que se expanden por el mundo...

Entren a disfrutar de esta entrega, compartan y comenten. Aquí podríamos decir que: “no desprecies las tradiciones que nos llegan de antaño; ocurre a menudo que las viejas guardan en la memoria cosas que los sabios de otro tiempo necesitaban saber.” J.R.R Tolkien



MA TE CI TOS

*«Cuando conocés a alguien por primera vez,
te tomás unos mates. La gente pregunta,
cuando no hay confianza: ¿Dulce o amargo?
El otro responde: Como tomés vos»*

Hace frío. Agust saca su equipo para armar el mate. Mientras prepara la yerba nos da las instrucciones del rito: no revolver el mate, no mover la bombilla (tubo para beber la infusión) y no decir «gracias». Dar las «gracias» no es cuestión de respeto (aunque sea costumbre) como nos lo enseñaron desde pequeños. Agradecer por un mate en Argentina, significa no querer más.

– Tomá tomá –nos dice Agust–, pásenlo entre todos.

De repente nuestros rostros cambian. El gesto que nos acompaña en tierras extranjeras, es distinto. Nos miramos como si no supiéramos qué máscara ponernos para la ocasión. Buscamos una mueca en cada cara. Algo. Cualquier ademán que no infrinja la cultura, ni nos restrinja a nosotros mismos. Pero nada, los gestos no saben guardar secretos, y Agust lo sabe. Y lo sabemos.

– ...

– Sí sí, está bien, pero un poco amargo –dicen algunos después de un largo silencio–.

– ¿Lo toman así de caliente?

– ¿Se le puede echar azúcar? –preguntan otros–.

Ni sí ni no. Sólo hay preguntas, aunque nuestros rostros ya den con la respuesta.

Hace frío, pero ni el frío es excusa para compartir un mate con personas que nunca has visto en un país desconocido.



«Acá empezamos a ser grandes el día que tenemos la necesidad de tomar por primera vez unos mates, solos.»

El equipo, que consta de un termo, una bombilla y un mate (recipiente), ocupa cada espacio de la vida cotidiana. La yerba se toma en protestas, en clases, en reuniones, en subterráneos, en charlas, en parques. Se toma con personas que posiblemente veas un minuto en toda tu vida. Se mezcla con limón, con naranja con café, con azúcar. Con lo que quieran. No hay hora, ni fecha, ni lugar, ni estación para cebar el mate. Para tomarlo en soledad o simplemente compartirlo.

– No tomás mate, sino que compartís –cuenta Macarena, a quien desde bebé le daban mate–. Mirá, el mate es en sí lo que representa: una visita, un momento, un espacio, ¿me entendés? Vos tenés un problema o estás triste y alguien seguro te va a decir «vení, tomá un mate y me contás». Es la unión.



«Cuando tenés un hijo, le empezás a dar mate cuando te pide. Se lo das tibiecito, con mucha azúcar, y se sienten grandes.»

La felicidad de un argentino empieza en la bombilla de su mate: el cultivo, que se da en las provincias de Misiones y Corrientes por su clima tropical y suelo rojo, es originario de los guaraníes, ubicados geográficamente en Paraguay, noreste de Argentina, sur y suroeste de Brasil y el extremo norte de Uruguay. Así, la yerba se extendió en Sudamérica durante el Imperio Español, hasta que los conquistadores, dueños del poder y la verdad absoluta, consideraron el mate como un hábito peligroso y lo prohibieron. Aun así, el intento de los jesuitas de expandir las plantaciones hasta el punto de venta –que en su tiempo fue exitoso–, también fue abolida.

Pese a esto, y gracias a que la misma historia hiciera oídos sordos a la represión cultural en torno al mate, los argentinos, uruguayos y paraguayos, continúan compartiendo su tradición desde pequeños. De hecho, la yerba mate se encuentra en el ranking de las 50 bebidas más consumidas, con más propiedades y ricas en el mundo.

– Yo tomo la yerba desde que tengo seis años –cuenta Lautaro–... ¡No, mentira! Esperáte esperáte. A mí me daban mate desde los cuatro años –sonríe a modo de recuerdo–. Mirá, si vos no tomás mate, más que todo en el norte, es medio raro... ¿Me entendés?

– Sí –le responde Mariano–. Por ejemplo, si

vos no desayunás, pues tomás mate. Para todo se toma mate: es la medida de todas las reuniones.



«En este país nadie toma mate porque tenga sed.

Es más bien una costumbre, como rascarse».

Lo rico toma su tiempo, y lo digo por el café. Pero también al mate se acostumbra una: en el salón, el mismo mate puede pasar por 30 bocas en cuestión de minutos. Así de arraigada es la costumbre. Como decía, lo bueno lleva su tiempo: la planta del mate crece hasta alcanzar una edad aproximada de cuatro años cuando entra en producción, extendiéndose entre los meses de abril y septiembre para realizar la cosecha. En este periodo se realiza la poda y la tritura de las ramas, y se inicia con los procesos de sapecado (la planta entra a fuego directo) y secado (aplicación de calor moderado), para luego ser trasladada a depósitos acondicionados por un período de dos años. Esto, con el fin de que evolucione en aroma, sabor, aspecto y color. Finalmente se da el proceso de molienda y empaque.

Así como nosotros no sólo tomamos café, sino también el trabajo de nuestros agricultores en una taza, los argentinos, uruguayos y paraguayos, también hacen lo

mismo. La espera es larga, por eso cada pausa vale un mate. Adicional a esto, el Instituto Nacional de la Yerba Mate en su último censo, estimó que, 41 millones de argentinos consumen en promedio 6,34 kg de mate por habitante por año.



No es Colombia ni Latinoamérica. Es Europa. Es un poco de España, Francia e Italia. No hay buen café, pero se toma. No son tan dulceros ni tan latinos, pero hay mate. No hay ajiaco, ni arepas, ni plátano con queso, pero hay mate. Y el mate ocupa todo, hasta la soledad:

«“Mi único diálogo verdadero es con este jarrito verde”. Estudiaba el comportamiento extraordinario del mate, la respiración de la yerba flagrantemente levantada por el agua y que con la succión baja hasta posarse sobre sí misma, perdido todo brillo y todo perfume a menos que un chorrillo de agua la estimule de nuevo, pulmón argentino de repuesto para solitarios y tristes».

Julio Cortázar. Rayuela.

Texto:

Katherin Serrato.

Foto:

@davidragusa

Se utiliza la cursiva para señalar fragmentos del poema del periodista argentino, Lalo Mir.



Don Fingo

8



¡TODOS SE
ME
BAJAN!

Su última vez estaba por llegar, durante cuatro meses había trabajado día y noche, sin descanso, no podía, no lo dejaban, no había reemplazos, la situación económica estaba difícil y las horas extras no eran suficientes. A las cuatro de la madrugada se encontraba en la esquina de siempre esperando un taxi o un amigo que lo llevara hasta el patio de los buses. Su ruta iniciaba a las cinco y no podía hacer esperar a los pasajeros porque lo importante era brindar un buen servicio – *eran las once y diez de la mañana, llevaba tres vueltas y solo recuerdo que un pasajero se bajó, me faltaban dos cuadras para llegar al control, no recuerdo más, a las seis de la tarde desperté en el hospital* – desde ese día Francisco ya no conduce buses.

La mañana que iba a entrevistar a Pacho, como le dicen sus amigos y familiares, habíamos acordado vernos en el Parque principal de Calarcá. El encuentro era a las diez de la mañana, desde las nueve y cuarenta me estaba esperando – *yo siempre he sido muy puntual* – me dice mientras entramos en “Billares Momo’s Club” su lugar predilecto para tomar café. Escoge la mesa del fondo al lado de la chambrana que sirve de frontera para separar a las mesas de billar, le pregunto si también juega y me dice que no, que el jugador de la familia es su hermano Alfonso. Pide un tinto oscuro en taza y yo le sigo la elección. Momos tiene unas once mesas, algunas cojas, de mantel azul, encima de cada una un vidrio circular que toca regresar a su sitio en cada momento. El olor a café invade todo el lugar y la pantalla de un televisor de cuarenta pulgadas es encendida, siempre presentan los partidos de fútbol del Atlético Nacional y de la Selección Colombia, los Juegos Olímpicos o las carreras de ciclismo. Momos es

para muchos “la oficina” o el lugar de encuentro, en cada momento hay gente jugando billar, tomando tinto o viendo televisión, desde concejales hasta albañiles, es uno de los lugares más concurridos de Calarcá por los hombres, porque las únicas mujeres dentro del café son las meseras.

Pacho cumplió 55 años el quince de abril, tiene un bigote frondoso, el cabello corto y negro peinado hacia atrás, ojos verdes que según cuenta han sido del gusto de las mujeres y la envidia de sus compañeros, tiene una barriga que en el pasado hizo juego con el uniforme de conductor y brazos que son el recuerdo que le queda del trabajo de coterero en Alma Café, mide 1,63 de estatura, usa jeans y zapatos mocasín azul, una camiseta negra que dice “Nike” y un “porta documentos” amarrado a su correa, sus manos son grandes, callosas y su voz gruesa.

Era 1974 cuando su amor por la conducción iniciaba una situación de vida o muerte lo obligó a manejar. – *Yo estaba trabajando con tío Pedro, él tenía un*

Willys, se transportaban cargas de plátano y café para vender, ese día veníamos de la vereda Potosí, íbamos para la galería cuando una vena del pie se le reventó, yo nunca había manejado, él me explicaba a veces pero yo no lo había practicado – a pesar del desconocimiento (tenía solo doce años) el estrés y la preocupación, decidió soltar el lazo que sostenía los plátanos, movió entre gritos a su tío del asiento de conductor y como pudo manejó el jeep, recordaba el movimiento de la palanca hacia la primera y en este cambio logró llegar hasta el hospital de Calarcá. Desde ese momento y a pesar de lo sucedido, decidió que su vida giraría en torno a la conducción.

Luego, en 1982, en la estación de Bomberos, aprendió de manera real a manejar los carros, en ese entonces trabajaba como voluntario a la vez que pagaba una condena – *a uno por buena gente le pasan muchas cosas, yo estaba desayunando cuando los hijos del vecino pasaron y le tiraron una piedra a la ventana de la casa, salí corriendo,*

los alcancé y como se me enfrentaron, me tocó pegarles. El Mayor sabía que si me dejaba llevar a la permanencia se pondría en duda el prestigio de la entidad, los demás bomberos serían vistos como delincuentes así que logró que me dejaran pagar la condena en la estación – además de organizar los carros dentro del parqueadero, también debía estar presto para colaborar en lo que se necesitara en la alcaldía o las entidades de gobierno, había ocasiones que le tocaba reemplazar al conductor del bus en la Casa de la Cultura, así se le fueron los días aprendiendo a conducir.



Pedimos otro tinto en taza, Pacho saluda a cada hombre que entra al sitio y me cuenta alguna anécdota sobre este, me asegura que muchos lo conocen porque desde los seis años ha recorrido las calles de Calarcá – *yo no tengo recuerdos de niño, solo cuando empecé a trabajar junto a mis hermanos, nosotros estábamos en la escuela, pero la plata no alcanzaba, estu-*

Johan Andrés Rodríguez Lugo

dié hasta tercero de primaria, pero como en esa época no teníamos la oportunidad de comprar útiles ni nada de eso, hacía construcción de día y en las noches estudiaba – su papá siempre le dijo que tenía que ser verraco, el mejor, el que no se podía dejar de nadie y por eso cuando cumplió 10, ya era lavaplatos en el café “La Tertulia” de la calle 39; luego trabajó como ayudante de don Jesús Álvarez Ospina quien tenía un taller de bicicletas; y más tarde sería conductor de bus: querido, respetado, maldecido y odiado, como tantos otros.



Estuvo manejando taxi en Calarcá hasta el año 1990 cuando el aumento de la gente que viajaba hacia Armenia permitió que la empresa Buses Urbanos, hoy Buses Armenia S.A, creara la ruta Calarcá – Armenia y viceversa, así que decidió mandar la hoja de vida a la empresa – *yo estaba nervioso, era la primera vez que me iban a hacer un examen de conducción*

así que fui estratégico y me quedé de último, yo ya había manejado el bus de la Casa de la Cultura, pero estos eran más grandes y con más cosas – luego de permitir que los otros 20 concursantes manejaran y escuchar como el evaluador les daba sugerencias, al final Pacho quedó entre los siete seleccionados para manejar los buses “vitriñas” que tenía la empresa.

La felicidad no sería completa, a diferencia de lo amables que eran muchas personas con los bomberos, los conductores de bus enfrentaban, y aún enfrentan, una situación distinta – *la gente no entiende que uno debe cumplir un reglamento, todos teníamos paraderos específicos para cada ruta, pero esa gente es así, ellos sabían y de todas formas me gritaban porque los dejaba dos cuadras antes o después de donde necesitaban bajarse –*

El año 1991 iba por la mitad y Pacho se estaba acomodando a su nueva vida, la ruta la había empezado a las cinco de la mañana, en las noches siempre procuraba cambiar los billetes por monedas para tener con qué devolver a sus pasajeros, sin embargo, ese día las monedas se le habían acabado cuando uno de los pasajeros se subió y le pagó con un billete de 100

pesos – ya me quedaba la última monedita, se sube entonces un señor y me toca dársele, detrás de él se sube otro, era alto y acuerpado, con voz fuerte, me paga con el billete y le digo que me dé un momento que ya no tengo monedas – el bus se volvió ring de boxeo, aquel hombre se enojó por el cambio a tal punto que cada pasajero que entraba al bus tenía que escuchar como este les decía que pusieran cuidado porque el conductor se estaba robando las devuel-

“Las caricias de Pacho no le eran ajenas a ningún pasajero que se enfrentara a las reglas”

tas – señora, vea, póngale cuidado, esa rata se está quedando con las monedas – vea señor, no se deje engañar, este mendigo es un hambriento y no devuelve las monedas – ¡ole! devuélvame la plata o es que se la va a robar para dárselo a las mozas – Pacho aguantó los insultos y los gritos mientras seguía la ruta, el hombre se había subido en

el paradero de Tele-Armenia y aún quedaban varios sitios por recorrer antes de terminar la ruta, pensaba que lo mejor era dejarlo hablar para no tener problemas.

Bastó con que, al llegar al Terminal, muchas de las personas se bajaran para permitir que el conductor viera a su gritón pasajero por el retrovisor, entraron al barrio Bosques de Pinares y entonces pasó lo que Pacho estaba esperando – *en el momento que ese man me timbra, yo apago el bus, le pongo el freno y abro la puerta, me le voy despacio por detrás del bus y cuando se iba a subir al andén lo tomó por el hombro, le doy la vuelta y le lanzo un puño en la cara – me explica entre risas que mientras le pegaba le decía que tenía que respetar, que él no era ningún ladrón, que por eso estaba trabajando y que cuando quisiera lo volviera a buscar para seguirlo acariciando.*

Las caricias de Pacho no le eran ajenas a ningún pasajero que se enfrentara a las reglas que la empresa le exigía, como no dejar subir vendedores de dulces, parar solo en los sitios autorizados, llevar cierto número de pasajeros de pie, ser consciente de que las mujeres se cansan y los hombres le deben dar el asiento – *yo siempre procuré*

respetar a los pasajeros, a veces ni les hablaba, solo estiraba la mano para recibir el dinero y devolver, un día se me ocurrió decir buenos días y alguien respondió: que tienen de buenos, entonces no volví a saludar –.



Era un 31 de octubre, su ruta cubría la última vuelta desde el norte de la ciudad hasta el sur, por la hora había pocos pasajeros y al pasar por el centro de la ciudad, la burla de la gente indicaba la euforia del día de brujas, todos los pasajeros estaban mirando por las ventanas la gente que pasaba llena de Maicena y cuatro muchachos que estaban persiguiendo a la gente mientras les tiraban bombas con agua. Pacho no se había percatado del suceso hasta el momento que uno de los muchachos se subió y lanzó una de esas bombas al bus – *yo estaba contando las monedas cuando escuché la algarabía y veo entrar esa bomba, como pude traté de mover el bus y la bomba se estrelló contra una silla mojando al señor que se encontraba sentado.*

- *Vea hijueputa, me hizo mojar.*
- *Qué pena hermano, quería esquivar la bomba.*

- *Cual esquivar hijueputa. Siga manejando que es lo único que sabe hacer.*

En ese momento Pacho sintió un golpe en la cara, aquel hombre le había lanzado un puño y él no tuvo otra opción, frenó, se quitó el cinturón y pasó por encima de la registradora para cobrar venganza – *yo todo estresado y llega este personaje a echarme la culpa por el agua, yo ahí mismo me le enfrenté y toda la gente del bus me empezó a gritar* – luego de la discusión, Pacho volvió a su puesto y continuó el recorrido, detrás de él la gente gritaba y maldecía el comportamiento del conductor hasta que al llegar a Tres Esquinas el bus frenó en seco y todos escucharon la orden de bajarse del bus – ¡todos se me bajan! Yo no voy a llevar a ningún hijueputa- Pacho los dejó y siguió el camino hasta La Fachada donde lo esperaba el control.

Al día siguiente, llegó puntual a las cinco de la mañana por el bus, el jefe de patios le dijo que no podía salir hasta que no llegara el gerente, porque necesitaba hablar con él. Ya suponía lo que esperaba. A las siete de la mañana empezaron a llegar uno a uno los pasajeros que la noche anterior había dejado en el andén,

el conductor sorprendido buscó refugio en la oficina de la secretaria mientras llegaba el jefe.

A las ocho en punto arribó el gerente y todos los pasajeros invadieron la oficina exigiendo justicia por lo sucedido. Pacho fue llamado y al entrar todos empezaron a lanzar insultos y maldiciones al conductor, el jefe pidió que explicara su comportamiento y él, señalando al hombre que tenía un ojo morado, dijo que este había empezado la discusión. El hombre dijo que eso era mentira, que el conductor había tenido toda la culpa. Para calmar los ánimos, el conductor fue suspendido y cambiado de ruta.



En el momento que estamos terminando el café, llega su hermano Alfonso, tiene el pelo un poco más largo que el de Pacho también peinado hacia atrás, mide 1,80 de estatura, tiene ojos verdes y su cuerpo es grande pues toda la vida ha trabajado como constructor independiente, no son gemelos, pero la gente suele confundirlos. – *¡Jaaa, ya lo están volviendo famoso!, buenos días mijo, mucho gusto, Alfonso para servirle* – luego

del saludo pide un tinto oscuro y nos ofrece otro a nosotros.

Las historias de Pacho son certificadas por su hermano, ambos hablan sobre sus vidas como constructores, acompañando a su padre y a su madre en el deber – *Mijo, nosotros no fuimos más grandes porque no tuvimos la oportunidad de estudiar, con decirle que nos pasaban de año porque nosotros ya sabíamos a donde iba a llegar el profesor, si hubiéramos seguido seríamos hasta presidentes, uno se aterra hermano como la gente tan estudiada hace tantas barbaridades, eso que lo digan de uno que es un analfabeta, pero esa gente llena de plata y queriendo más, no es posible, ¿ya le contó cuando le disparó al ladrón?* –.



Era una mañana de marzo en 1998, hacía dos años que trabajaba para la empresa Transportes Urbanos Ciudad Milagro (TUCM), esta empresa era más exigente con sus conductores y la estabilidad era mayor; tanto TUCM como BASA hoy pertenecen a TINTO U.T. – *Esa empresa es una unión temporal y llegó para acabar con la guerra del*

centavo, imagínese que nosotros no nos ganábamos ni el mínimo, nos pagaban por comisión de pasajeros y por horas extras, entonces claro, todos nosotros compensábamos con los días festivos, las madrugadas y las traspasadas, pero habían unos hambrientos que se peleaban por los pasajeros, paraban donde querían y no les importaba los daños a terceros, yo me preocupaba por los pasajeros y procuraba respetar las señales de tránsito, por eso nunca me han hecho un comparendo, en cambio esos otros todos los días tenían problemas y más en ese tiempo que los buses ya eran viejos –.

Ese día cubría la ruta sur – norte, empezaba en el barrio La Fachada y subía hasta Regivit, no había construcciones, eran fincas y cafetales. Cuando iba bajando paró en la plaza de mercado, en ese momento los gritos de la gente alertaron al conductor, todos los pasajeros miraron por las ventanas y un hombre pasó corriendo por el lado del bus, detrás de él iba un policía – *yo ahí mismo arranqué al lado del policía y le gritaba por la ventana ¡dispárele!, ¡Dispárele! Y el policía ya todo cansado seguía corriendo, pero no hacía nada (yo no entiendo para qué le dan un arma a un policía si*

no la puede usar) entonces el ladrón escuchó y me dijo: ¡Cállese sapo, entonces desapare usted! Y como yo siempre he seguido las reglas y hago caso a lo que me dicen, adelanté el bus hasta cerrarle el camino al ladrón y me bajé

– El ladrón se detuvo y se le enfrentó a Pacho, como lo había prometido, le quitó la pistola al policía y disparó dos veces, ninguna de las balas le pegó al ladrón, pero sí logró que este se rindiera. Pacho se subió al bus y siguió su camino, los pasajeros lo felicitaron por la labor.



Han pasado 10 años desde que tuvo el desmayo por agotamiento físico en un bus de la empresa TUCM. Asegura que no extraña esa vida, que ahora como conductor de volqueta doble troque le va mejor, hay menos estrés, menos insultos de pasajeros, trabaja más tranquilo y el sueldo es mayor. Su hoja de vida no tiene rastros de su vida pasada, la experiencia laboral ahora está en Constructora Túnel del Oriente, ICM Ingenieros, GAICO, PROCOPAL, Unión Temporal Construcción Vial, Consorcio Conlinea, entre muchas otras empresas de construcción que requieren

de volqueteros doble troque, responsables y eficientes.

Francisco y Alfonso se despiden, a ambos los esperan sus esposas con el almuerzo servido.

Mientras aguardo el bus que me llevará a la Universidad, recuerdo las recomendaciones de Pacho para no alterar al conductor: tener sencilla, caminar rápido dentro del bus, darle el puesto a mayores y mujeres embarazadas, no dañar las sillas, no timbrar más de una vez, entre otras. Él mientras tanto está almorzando, luego utilizará el computador de su hija, abrirá Google, escribirá “C” y en Computrabajo buscará los nuevos empleos de volquetero que se ofrecen, solo esos, ya no peleará con pasajeros, ni lo tratarán de ladrón por quedarse con devueltas, hora solo las piedras serán las receptoras de su estrés, porque jamás será busetero de nuevo.

Nunca más.

Texto:

Johan Andrés Rodríguez Lugo

Ilustración “Don Barbarias”

Don Fingo



REPORTAJE GRÁFICO

MAGDALENA

SANTIAGO CASTRO CASTILLO







Un Cohiba PARA CASANDRA

iN o le dañe la suerte!, se le escucha decir desde lejos, casi como en susurro y acompañada de pajaritos que piden libertad. Aquellas palabras hacen que la muchacha, que se haya esperando en la improvisada ‘sala de espera’, salte desde su silla. Tania Rodríguez, veintiún años y estudiante de economía, se encuentra nerviosa, tal como aquellos limpiabotas que en 1929 creyeron — como todos — que eran capaces de aventurarse en Wall Street; enrolla impulsivamente la punta de su manilla roja y se concentra en el cuadro de una virgen que entre sus manos tiene una escoba. Por fin, y después de un incesante juego con su pelo y las telas del pantalón, puede relajar sus manos.

Se abre la cortina que separa ambas habitaciones, y de allí sale, casi con prisa, una mujer con la mirada partida y el cuerpo hecho derrota; lleva una bolsa negra y un bolso que demuestra que aquí, en tierras de guaqueros y cafetales, se usa más Gucci que en Italia. Está casi a punto de cruzar el umbral de la puerta, cuando la dueña de la casa la interrumpe:

— Mamita, se le quedó el velón más importante— esta se lo pasa y antes de despedirse, ella añade — cuando los vaya a alumbrar, me llama para que no dañe el trabajo.

Se cierra la puerta, y la imponente mujer le indica a Tania que pase. La habitación sofoca, es oscura y está abarrotada por figuritas enigmáticas, de esas que uno ve en Halloween o en casas de terror; hay una mesa con tres bustos: uno es de un hombre negro, en el centro está lo que parece ser una virgen pálida con la vida succionada y finalmente se haya una mujer, también negra y con un turbante. Hay ángeles y arcángeles. Hasta el mítico José Gregorio Hernández saluda por ahí.

Se sientan una frente a la otra, y le dice a la pobre muchachita que se calme, que ella no muerde, pero puede hacer que la muerdan. Coloca un balde verde bajo sus piernas y pone tres puros en su boca, los enciende y espera un momento. La casa por un momento deja ese olor de tierra mojada y pasa a oler a lo que el Che Guevara apestaba en aquellos días de la Revolución Cubana. Finalmente le espeta a Tania una profusión de cosas malas: de que su exnovia la tiene amarrada y no la va dejar progresar, de que está cerrada, de que está vacía, de que no ve remedio — a lo que ella angustiada, asiente que sí —, por último, le comenta que necesita aferrarse a sus servicios esotéricos, cual naufrago histérico para poder volver a vivir bien. La muchacha se va, abonando cincuenta mil pesos para el

tratamiento. La mujer sonríe.

— Bueno, la mañana empezó bien y ahí tengo dos trabajitos. Es muy raro que hoy, sábado, venga gente, y si vienen es a hacerme perder tiempo. Yo que me quejo tanto de amores, de que eso pa' qué y mire: es lo que me está dando plata. La una porque quiere anclar al novio, y esta que acabó de salir, porque la otra todavía la tiene anclada. Solo son brutas.

Liliana, así se llama la matriarca de este hogar de dos. Liliana Torijana, así es conocida cuando usa el pelo trenzado y recogido, cuando usa la batola, de esas que compran las viejitas cada que van de paseo a la costa y después las presumen ante las Damas Rosadas. Liliana, así solo de pila para su sangre y amigas, Liliana Torijana para quienes recurren a ella. Esta última que parece sacada de Nueva Orleans y prima tercera de Marie Laveau fumando tabaco y exhalando incertidumbre. Llegó al mundo en Miranda, Cauca, justo al año en que Tumaco era casi destruido, que Julio César Turbay pedía “reducir la corrupción a justas proporciones”, el Voyager I rondaba la luna más cercana a Júpiter.

Liliana Torijana, nació en 1979 y no le alcanzó para ser millennial, no sabe desde cuándo practica la hechicería y tampoco se imagina el día

en que la abandonará. “Es hereditario, viene de familia y es de mujeres” — dice mientras suelta su pelo —, recuerda a doña Tola entrar donde su abuela, para que le alumbrase a su marido; también tiene presente a su tía y los frascos con nombres en el congelador. Lo heredó desde muy niña, pero a los nueve aprendió a leer tabaco y solo vio perdida en ella. Liliana, la que ha visto el tiempo pasar lento; la que fuma el humo de lo incierto, la que viola habaneros y suspira terror. La mujer que no lleva el pelo recogido y la batola es la madre, y la que sí, es la bruja, la cualquiera, la de los actos impuros.

— Cuando conozco a alguien, y si esta persona no sabe quién soy yo, prefiero no contarle sobre mi trabajo. Siempre le digo que soy empleada doméstica o que preparo empanadas y tamales para subsistir.

— ¿Le avergüenza?

— No sabría qué decirle. Me da miedo que me juzguen más de lo que hacen con mi color de piel, usted sabe lo que pasa si uno es negro: que uno negro huele feo, que a uno le da chucha, que uno es arrebatado, que uno es no sé qué. Ahora imagínese si uno dice que hace estas cosas. Mi mamá si me dijo poco antes de morir: “no vaya a hacer brujería, mi niña. Eso le traerá problemas”. Pero igual, nun-

ca tuve tiempo para pensar qué quería ser.

Liliana cuenta que tiene un alma adolorida, que tiene penas inmensas, de las cuales pocos se recuperan: el perder la sangre, esos que la concibieron y aquello a lo que Piedad Bonnett no le pudo dar nombre, el perder un hijo. Su niña: la peladita morena y de los ojos miel la perdió muy rápido, cuando apenas le salían los dientes de leche y para eso Liliana tenía veintitantos. Su madre partió cuando tenía siete, su padre a los quince — siete días después del nacimiento de su primer hijo —. Hasta el momento no es viuda y no tiene planes en serlo, ya que esos temas de amores y hombres parece que no quieren ser revividos. Vive con su hija menor, a la que al igual que Jaime Sabines, no solo le entregó la luna o el sol, también le dio su corazón y pese a que había hecho lo mismo con sus otros dos hijos y estos se lo habían devuelto magullado y sin algunos trozos, se lo regaló.

David, su hijo mayor, quiso ser malo. David, resentido con la sociedad desde la edad en que la fe aún no está perdida; el mismo que quiso jugar a ser Dios y arrancar la vida de aquellos cuerpos inertes que limitan a sobrevivir, el que también quiso ser jibaro... el que está pagando una condena de seis años en la Cárcel San Bernardo. Da-

vid, el muchacho sin apellido y Liliana, la mujer que quiso que su hijo fuera a la cárcel, para que ella se sintiera más tranquila.

— A mi hijo, le falta pagar el karma, le tengo que cobrar todo lo que me hizo sufrir. En esta tierra mis hijos tienen que pagar lo bueno y lo malo.

Ella cree en el karma, vive de él y de la venganza que sus clientes sienten o quieren. Liliana está en el rebusque como cualquier colombiano que no alcanza a ganar un salario mínimo en Colombia. Su hija está en octavo y quiere comprender a su mamá, quiere entender por qué llora borracha cuando suena Amor Eterno de Rocío Dúrcal; María Camila necesita saber por qué su mamá tiene garrafas de aguardiente, mientras en su casa falta aceite. María Camila no cree que su mamá sea una bruja.

¡Ay de David, de la niña negra con el pelo castaño y los ojos color miel que nunca vislumbraron los pesares, y ‘ay’ de María Camila que quiere ser pediatra! Y de nuevo está Liliana Torijana: la bruja, la que atrapa clientes con presagios exagerados y brujería de por medio, la que bota pedazos de tabaco en el balde verde; también está Liliana: la madre, la del rebusque y la que no, la que no es bruja.

Texto:
**Andrés Felipe
Cadavid Herrera**

Ilustración:
**Jorge Eliecer
Martinez Buitrago**



LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LOS MINEROS ARTESANALES

Valeria Urán.
Está “aguatado” el río

El ir y venir de un par de piernas al compás de otro o un millar de ellas corriendo, agachándose, subiendo la loma hasta la carretera más cercana, todas prendidas a un tronco y unos brazos que sostienen un cajón hecho en madera, una zaranda y un par de placas de carro con las que empujan la tierra rebelde que se ha salido del “charco o moyita” fabricado con unos cuantos pedazos de madera o guadua para engañar a las corrientes del río o su “aguatar”. Porque cuando estas corren con furia dejan caudales de arena, piedra y arcilla, que luego será el “balastro” que habrán de vender hombres y mujeres a constructoras e ingenieros a través de una volqueta o camioneta. Con piernas firmes y brazos torneados, con sus venas rozando la epidermis que se ciñe al sol. Para los más viejos la artritis en los huesos o la posible neumonía en los pulmones son su hábitat natural y el requisito para un oficio como este: **Arenero.**

Sus rostros están tan marrón como el cedro después de convertirse en una fuerte cama y haber pasado por el barniz, o rosáceo por los rayos del sol; sus manos calmas, gruesas y con aberturas donde hubo ampollas o cortaduras; sus pies con casquetes de caminar descalzos entre la arena y la piedra, sosteniendo los dedos que comprenden un meñique y anular desviado y calloso; las barbas ralas, los bigotes espesos y la calvicie incipiente o profunda; camisetas, pantalonetas y chancletas; radio, juego de dominó y cantimplora.

Poco antes de las 6:00 de la mañana es preciso encontrarse una mujer preparando arepas de maíz en alguna calle quindiana, es allí donde algunos mineros

se reúnen minutos antes de dirigirse al río, además del cafecito que venden en viejos termos de plástico, en pequeños vasos desechables. El carbón está caliente, la parrilla parece encenderse y chocan las arepas de maíz húmedas, el olor se propaga por las callecitas y cruza la esquina. Los residuos que deja el carbón ya consumido se pegan al ropaje de los transeúntes y al pelaje de un perro pardo que reposa junto a la mesa que sostiene las arepas ya cocidas, la mantequilla y el queso. Y cuando apenas nace el sol, y los niños revolotean para ir a las clases, los mineros o areneros salen despavoridos a conseguir ese alimento tan típico para sus meriendas y el de sus familias.



En Colombia durante los últimos cinco años, la exploración y explotación minera ha sido parte de la agenda pública. Pero lejos de eso, solo en pequeñas provincias y pueblos históricamente mineros se han sentado a debatir la manera de continuar en sus territorios. Estas comunidades han sido acusadas de prácticas mineras ilegales, y trabajan

cerca a las empresas mineras, quienes a través de la Agencia Nacional de Minas consiguieron el título y concesión para explotar y no ser procesados por ello. El departamento del Quindío no ha sido del todo ajeno a esta situación.

En el departamento del Quindío municipios como Salento, Calarcá, Pijao, Montenegro y Génova; además de corregimientos como Barragán y Barcelona, extraen elementos del río denominados arena gruesa, fina y para “pega” (mezcla entre arena gruesa y pequeñas piedras); piedra redonda, piedra guayaba o de mano, balastro o gravilla. Algunos registros de la autoridad ambiental del departamento reconocen que su actividad se viene realizando desde hace más de ochenta años y ha sido heredada de generación en generación. Algunos hasta el año 1993 solicitaban el permiso ambiental de explotación al INDERENA (Instituto Nacional de los Recursos Renovables y del Ambiente), luego este trabajo lo seguiría realizando la CRQ (Corporación Autónoma Regional del Quindío) en 1994. Arduo trabajo hubo de realizar esta autoridad ambiental, porque su trabajo a lo largo y ancho del río era distinto y debían de





censarlos y organizarlos, para así vigilar su actividad en el río.

Si uno se toma el trabajo de viajar por el río tramo a tramo, playa por playa, y localidad por localidad, terminará descubriendo que no es lo mismo trabajar sobre las aguas del río Santo Domingo o río Quindío en Calarcá y el río Navarco en Salento; que hacerlo en Barragán o Montenegro sobre el río La Vieja. Las dinámicas de las aguas varían, debido a su caudal, corrientes y ecosistemas que le rodean, llevando a que la piedra, la arena y la arcilla se acomoden de maneras ajenas a las demás, generando particularidades en el proceder de los areneros en el río y sus alrededores.

En Calarcá o Salento los mineros trabajan con ayuda de pala, zaranda, carreta y cajones de madera, acercando las volquetas o camionetas hasta las

playas, y con más de doscientas paladas consiguen cargarlas, algunos en parejas otros en tríos; pero en Barragán y Montenegro las volquetas se sumergen en las aguas del río y los mineros navegan en balsa.



El día comienza con los primeros rayos del sol, preparan el desayuno y el almuerzo en sus casas y lo montan a su espalda en un pequeño morral o talego, se desplazan a pie, en bicicleta o moto. No siempre pueden transitar los caminos que los conducen hasta el río con facilidad, suelen estar cargados de polvo, pedregosos y con asfalto por tramos; pueden tardar entre una y tres horas para llegar, son pocos los que viven en barrios cercanos al río. En las playas o

zonas planas junto al río, suelen construir con guadua, madera y tejas de zinc, pequeñas zonas de estar o sus guaridas, para descansar y protegerse de la lluvia. Es allí donde también comen o juegan al dominó.

Bajan de su espalda su pequeña carga, toman el desayuno, la mayoría quitan su pantalón para cambiarlo por una pantaloneta o bien ya estaban listos para la labor desde que salieron de sus casas, por aquello de que el tiempo es oro. Se dirigen a lo espeso de la hierba que se encuentra alrededor del río y como si hicieran el típico truco de magia de quien saca un conejo del sombrero, aparece su pala, la zaranda (colador), las placas y cajones de entre la maleza. Se dirigen a la orilla y sus herramientas de trabajo se acercan a las aguas, cuelgan su radio al cuello e inicia la carrera. Ponen el cajón de madera

dentro del charco o “la moyita”, mientras con la pala cargan la arena sobre la zaranda y con rapidez es movida sobre el cajón hasta que se va llenando a plenitud, los residuos sobre ella son lanzados hasta otro cajón o balde de plástico ubicado a pocos metros, luego toman por los mangos con fuerza el cajón y lo conducen hasta la orilla del río y descargan, formando pilas de cada una de las variedades, y van tomando la forma de montaña.

Otros areneros a causa del comportamiento del río y el curso de sus aguas, han de trabajar en “terrazas” y “franjas aluviales”, en Barragán sucede de esa manera. Pliegues o breves desniveles de arena y roca cerca a las playas del río, como caminos, como el rastro de la furia y la vida de las aguas. Con la certeza de que tras las inclementes lluvias que acompañan la época de invierno y aumentan el caudal, habrán de bajar y el sol en estallido sobre sus cabezas alumbrará para que puedan tomarse la arena y la piedra como suyas y llevarlas al mercado.

Y es que los residuos son tan grandes que facilitan el proceder, no necesitan entrar al lecho del río, solo deben separarlo e ir acomodándolo, las volquetas de manera torpe entran a las aguas, porque el río en algunos tramos se divide en dos dejando las playas que están más cargadas de material, en medio del caudal.

En Montenegro, donde se opera en el lecho del río y se debe navegar en sus aguas, el material de arrastre deben sacarlo en balsa, ¡vaya equilibrio! Construidas con retazos de madera unidos con puntillas y tablones del mismo modo que simularán asientos, y debe ser

lo más cóncava posible para que pueda albergar la arena. La balsa tiene un tope, no se debe llenar completamente, porque ¿cómo harían para moverse o no hundirse?, y regresar a la orilla. Reman y reman, luego palada por palada sacan la arena de sí y la amontonan en las playas del río. Estas maniobras y sacrificios llevan a culminar el día a las 4:00 de la tarde y se pueden contar más de 5.000 paladas por día.

La gran demanda de material de arrastre, llevó a hombres y mujeres a adoptar el río como forma de sustento y terminó convirtiéndose en su oficio, si bien en las tierras quindianas el principal renglón económico ha sido la producción de café; tras la caída de los precios en el mercado internacional, se puso punto final a la bonanza cafetera en 1989. Llevando a algunos de ellos a ver oportunidades en el oficio de areneros. Se trasladaron a los ríos para tener con que darle el sustento a sus hijos, sin imaginar que unos años más tarde estos, nietos y bisnietos también lo harían.



Para 1999, el Eje Cafetero fue sacudido por un terremoto de 6,1 en la Escala de Richter, el departamento debía ser reconstruido y se convirtió entonces en una oportunidad para los mineros. Pero con lo que ellos no contaban era que empresarios de diferentes lugares del país habrían de instalarse sobre las aguas del río Quindío y de La Vieja con retroexcavadoras y así extraer grandes cantidades de material de arrastre dejándoles en desventaja, por la capacidad de extracción y los precios.

Juan de Dios Méndez, un minero que ya parece estar llegando a los setenta años, su cabello de plato lo confirma, lleva más de treinta años desempeñando el oficio de minero de material de arrastre para construcción, junto a su esposa Flor Gonzales y sus hijos. Ha transitado por cada una de las situaciones que padecen las personas encargadas de este oficio en el departamento del Quindío.

-Es un trabajo desgastante, pero es nuestra única fuente de sustento, no podemos emplearnos de otra manera por los pocos estudios que tenemos, y fíjese que nos persiguen mucho - dice Flor, esposa de Juan de Dios

-Pero eso no es todo, nosotros somos tachados de delincuentes y nos culpan de contaminar el río, porque después de un par de reformas a la ley minera en el país nos han restringido el trabajo- añade Juan de Dios, mientras se quita su gorra color naranja que lleva estampado “Soy guardián de la quebrada” y rasca su cabeza.

-Uno lleva más de cuarenta años trabajando aquí y no sabe hacer otra cosa, nosotros no contaminamos. Cualquiera que venga a estas aguas puede ver que no están contaminadas, porque incluso vienen a bañarse. —continúa diciendo Juan de Dios.

-Para mí, el río parece entender el trabajo que una hace. El corre sobre los pasos que damos, parece entendernos. Nosotros hacemos charcos cerca a la playa donde se pone el material, y luego cuando llega el invierno la corriente del río arrasa con todo y toca empezar de nuevo- explica Flor. — A mis hijos los ha detenido en varias ocasiones la policía por trabajo ilegal en el

río.

Esta pareja de mineros trabaja en el río Santo Domingo, en la playa Los Naranjos. Los más curiosos lo pueden buscar con la siguiente referencia: latitud: 4.4, longitud: -75.7166667.

-Hay gente que viene y deja la basura cerca al río, y uno les llama la atención y le dicen que deje de ser metido, que el río no tiene dueño-añade uno de sus hijos y entra de nuevo a las aguas.

Una enorme roca luce el nombre del río escrito con pintura de color azul, debido a las épocas de lluvias anuales en el mes de abril y mayo, deben suspender su actividad paulatinamente, las corrientes de las aguas destruyen los charcos que han hecho para atrapar el material y corren el riesgo de ser arrastrados. Pero ninguno de estos areneros desfallece, cada que regresa el sol y baja un poco el caudal vuelven a construir el charco con una guadua seca al hombro y su talego con un poco de comida, normalmente limonada, arepa o buñuelos. Las piedras se mueven con ayuda de pequeñas cuñas de madera. Es inevitable que esta familia no machaque sus dedos y les arda la parte baja de la espalda; el sudor cubre sus frentes, que los dedos de sus manos y sus pies se vean con mil arrugas.

A Flor, mientras tanto, solo le queda escuchar la una reconocida emisora romántica... tiran las piedras, chocan entre ellas y Alci Acosta, podría sin saber, alentar a esta mujer y los suyos a no renunciar:

*No renunciaré a esa flor
que tú me das cada mañana/*

*a vivir constantemente
enamorado*

*/a soñar juntos los dos de
madrugada.*

El cansancio en las manos, las piernas y la espalda, dura como la madera, crece con el paso de las horas. Tantos años empuñando una pala, una zaranda que funciona como colador, un par de cajones y un pequeño bolso con un par de tarros cargados de agua de panela, una porta comidas o en una bolsa de arroz con huevo y arepa; suele ser el botín para soportar la batalla.

Ellos han visto la evolución del río y conocen cada uno de sus ciclos. En este sentido, cuentan que hace cuarenta años atrás, el Santo Domingo era cruzado en balsa, ahora todo indica que no, se puede cruzar de piedra en piedra y en algunos casos el nivel más alto del agua llega a la rodilla.

-A mí me ha detenido la policía y me ha dejado encerrado por más de 24 horas, quienes nos tiran la policía son los dueños de las fincas porque dicen que estamos contaminando el río y somos delincuentes, y como no encuentran delito nos dejan libres-dice Gilberto Arenas, otro minero de Calarcá, a su compañero Iván Contreras, quien también está inconforme.

-Nosotros hemos invertido en documentación, tenemos un nuevo carnet, porque ya estamos inscritos al "SIMINERO"-añade Iván.

-Si estas aguas estuvieran contaminadas ni peces sacarían, aquí vienen a pescar también.-Concluye Gilberto tras un largo suspiro.



El SIMINERO (Sistema Integral de Gestión Minera), es una plataforma puesta a disposición desde el año 2013 a las administraciones locales, para el registro y localización. Tras el segundo periodo presidencial de Juan Manuel Santos se expidió la Ley 685 de 2001 donde se empieza a impulsar la explotación minera a gran escala y se desconoce a la pequeña minería o de subsistencia, decisión tomada por Santos al descubrir que las FARC-EP también obtenían ingresos de la extracción de oro, convirtiéndose en política la erradicación de la minería ilegal en el país. Pero, mineros como los del departamento del Quindío se pronunciaron en repetidas ocasiones en las afueras en la casa de Nariño desde el 2012, hasta conseguir que se les reconociera y los dejaran continuar trabajando.

De esta manera quedan inscritos ante el Ministerio de Minas y permiten su actividad bajo los lineamientos establecidos para su clasificación, solo pueden sacar cuatro metros cúbicos por día, ciento veinte mensuales, si superan estas cantidades pueden perder su permiso o pasan a ser medianos mineros, hecho que aumenta las exigencias para realizar la actividad de acuerdo al Código de Minas, que desde el 2009 solo reconoce la gran minería y trabaja de la mano con las autoridades ambientales y la AGA (Agencia Nacional de Minas). Dejando a los pueblos que realizaban pequeña minería o de barequeo, además de otras actividades para subsistir, imposibilitados de seguir en esta labor.

En 1997 nace la Federación de Areneros y Balasteros del Eje Cafetero, porque si bien la reforma a la ley se dio en el año 2009, y salen victoriosos en

el año 2013, los areneros del departamento del Quindío tienen otras dificultades, una de ellas la implementación de maquinaria pesada en el río Quindío y de La Vieja. Ellos no están de acuerdo con que se introduzca maquinaria, manifiestan que además de ser mineros, también son conscientes de los graves daños que ocasiona la minería mal hecha y se oponen a ello. “Entendimos que la máquina mata al río, no se debe de hacer de esa manera, quienes otorgan las licencias ambientales deben de meterse en la cabeza de que el río no es una cantera”-comenta Luz Estela Ramírez, presidenta de la federación.

Su objetivo desde su creación, ha sido además de defender su trabajo, la defensa de las cuencas hidrográficas que abastecen al departamento, especialmente el río La Vieja, que es la que mayores afectaciones ha sufrido. Según registros hallados, diarios como El País en 1998, denunciaron esta situación: *“La contaminación que vive el río La Vieja, principal surtidor de agua para Cartago, le planteará a la Carder (Corporación Autónoma Regional de Risaralda) y el Ministerio de Medio Ambiente su descontento por las autorizaciones dadas en Risaralda para la explotación de arena con máquina”*.



A medida que se acerca lo más profundo de la tarde, se les ve alejándose del río, llevando sus herramientas a la espalda. Enjuagan sus pies en la orilla y los cubren con zapatos de icopor agujereados en los costados

y chanclas de plástico. Se dirigen hasta su rancho, descargan y buscan lentamente en su mochila su botella con limonada, unos cuantos granos de arroz que sobraron del almuerzo y cambian sus ropas húmedas.

-Solo pedimos al gobierno que nos deje trabajar hasta que llegue el fin de nuestras vidas o se decida abandonar el oficio. Reconozco que los hijos de mis compañeros y los míos no quieren continuar, están estudiando en la universidad, y nosotros con nuestro trabajo apoyamos algunos de los gastos. – dice Javier Arango, minero artesanal, sector La María. Calarcá.

El gremio está desapareciendo paulatinamente, el relevo generacional ya no se está dando y con ello sus saberes están en riesgo de quedar en el olvido, esto es un patrimonio inmaterial, que debe ser custodiado y apoyado por el gobierno nacional. Es bueno recordar que parte del patrimonio arquitectónico se debe al trabajo que ellos realizaron y aún realizan, su aporte al desarrollo del departamento ha sido valioso. Por lo anterior es bueno dar una revisión

a las leyes y determinar que los pequeños mineros tienen un arraigo histórico que permite explotar de manera responsable los ríos del departamento. No se puede desconocer las necesidades de estas familias dedicadas a la extracción de materiales de arrastre. Qué una creciente de leyes sin contexto no AGUATE sus días.





LO QUE TU ABUELA TE DIGA, **¡ESO HARÁS!**

*“Gracias,
ya casi llego” J.*

En la naturaleza la sociedad ha encontrado cobijo, pero también se ha ensañado hasta el punto del desequilibrio. Aunque para algunos lo verde sea algo lejano y conecten fácilmente con el concreto, la estridencia del pito de los carros y la rapidez de un mundo en constante movimiento; en sus cómodas viviendas pueden encontrar algo del campo.

Necesitamos volver a pensar de manera simple. Ir al verde. Para H. D. Thoreau es importante y en una de sus aventuras, ocurrida en el siglo XIX, nos cuenta: “Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente; enfrentar solo los hechos de la vida y ver si podía aprender lo que ella tenía que enseñar. Quise vivir profundamente y desechar todo aquello que no fuera vida... para no darme cuenta, en el momento de morir, de que no había vivido”. En su reflexión nos permite sintonizarnos con la idea de siempre mirar al lugar de donde venimos, el mundo silvestre.

Cuando nos preparamos un té o un café, la gran mayoría, no pensamos cómo fue el proceso y cuántas manos estuvieron en él. Damos por sentado que todo es automático y que solo depende de dinero. Reducimos las interacciones sociales a una simple transacción, pagamos y nos vamos a casa con una bolsa reciclable, si es con logos de ambientalismo mejor. Ah eso sí, no podemos olvidar grabar en nuestro celular mientras compramos, porque obvio todo lo que elegimos está libre de gluten y sin BPA. Esto garantiza muchos likes a nuestras historias.

Mientras lo anterior ocurre de manera constante, es perentorio que pensemos un poco y veamos que las cuestiones que parecen simples, engloban un conocimiento que ha pasado, en casi todos los casos, de generación en generación. Muchos de nosotros seguimos rituales ancestrales sin reconocer que lo son. Nuestra familia nos ha heredado recetas que de niños tomábamos con desprecio, pero

que hoy, casi de manera compulsiva buscamos saber. Escribimos un mensaje o enviamos un audio para que, usualmente la mamá, la tía o la abuela, nos den el paso a paso de cómo hacer la bebida para el dolor de garganta, nos envíen el nombre de la crema natural para las quemaduras, pedimos la oración para conseguir un empleo o la aromática para poder dormir mejor. En el mismo orden, vamos replicando esto con los que están en nuestras vidas, nos ven recomendando el agua con bicarbonato y limón a todo el que nos saluda, así esté en la acera de enfrente.



En su rostro están las marcas del sol, mirarlo es apreciar dunas infinitas que serpentean por cada comisura. Con una voz que no oculta el uso, o abuso; escucharlo es sentir la noche, el cigarrillo y porque no, la nostalgia. Es un hombre de baja estatura, al cual el paso del

tiempo, imagino, le ha quitado algunos centímetros. Lo veo venir desde muy lejos, yo estoy en un lugar alto y él viene acercándose, encorvado, con unas estopas de color marrón, verlo invita a ayudar. Le hablo y muy amable contesta mis preguntas. Ya de cerca no parece tan frágil, se ve recio y con mucha salud, a pesar de su olor a tabaco, no parece agitado. Me cuenta que cada 15 días camina 40 kilómetros (pasa de 2000 metros sobre el nivel del mar a 3450, con un desnivel en algunas partes del 20%. Los que hayan visto alguna carrera de ciclismo y hayan subido una de estas rampas, entenderán el tipo de cuesta que este hombre debe escalar).

Sin ningún reparo en compartir lo que hace, me cuenta que sube a la cima de Morrogacho a recolectar árnica*, la cual vende en Salento, Quindío. Comparte una vivienda con su hermana, también adulta mayor. Los dos tienen de sustento esta planta que se ha popularizado para el tratamiento cutáneo, usualmente en la

disminución de moretones. En algún punto de la conversación expresa lo mucho que ha cambiado el terreno y también dice que los nuevos peajes o retenes le han dificultado ejercer su labor. Cabe resaltar que este lugar, se supone, está en un área de protección, pero José lleva muchas décadas haciendo el mismo trayecto y consiguiendo de la tierra algo que le genere un recurso para comer.

En la charla queda claro que sabe cómo mantener el equilibrio, lo dice el tiempo prolongando de recolección de esta planta. Pero sabemos que es prohibido, e independiente de lo mucho que conozca el terreno, los tiempos y cantidades que puede cosechar, su trabajo riñe con las directrices de Parques Nacionales, que para esta reserva son las siguientes: “Bajo ningún motivo se debe sacar material vegetal, animal o mineral, todo

el que sea sorprendido extrayendo será...”, para qué seguir con esta ley. Ya sabemos que apelar a la misericordia no es válido como argumento.

Por esto y entendiendo que se debe garantizar un equilibrio, es necesario que se tenga en cuenta todo el conocimiento que ha acumulado este hombre, para ser utilizado en la preservación de este ecosistema; el cual está en grave peligro por el turismo sin control, la ganadería y la tala de bosque nativo. Se debe llegar a unos mínimos para que pueda seguir subiendo. Hay muchas personas que esperan estas flores, abuelas sobre todo, o al menos eso nos dice nuestro cazador de “árnica montana, o en este caso de páramo”. Aquí podemos entender que todo se conecta, la montaña es la compañera que nunca le ha faltado, es su proveedora.



-Desde hace más de 40 años subo este camino.

A pesar de tener 73, esto para mí es muy cerca, así que gracias, ya casi llego.

De esta manera respondió cuando ofrecí ayudarlo.

Texto:
César Alberto
Aristizábal

Foto:
Sebastián Doncel

*El concepto de “árnica” está ligado a diferentes especies de la familia Asteráceas o incluso de otras familias. Era desconocido para los clásicos grecoromanos y tampoco se mencionó en los textos de la Alta Edad Media. Lo introdujo el editor de la obra *Physica* de Santa Hildegarda de Bingen, en 1533, para referirse a una planta con propiedades medicinales, mágicas y fabulosas. La especie *Arnica montana* L., fue descrita por Linneo en 1753. Alcanzó gran éxito en el siglo XVIII en el tratamiento de golpes e inflamaciones y se popularizó a lo largo de los siglos XIX y XX. Tomado de https://www.fitoterapia.net/php/download_documento.php?id=4469&doc_r=sn&num_volumen=26&secc_volumen=5960



¡Precaución, órganos susceptibles a hacer huelgas!

El cuerpo humano se encarga de recordarnos por medio de decadencia y enfermedades, una inscripción que tal vez tenemos guardada en algún órgano o en algún rincón: “dime cuál es tu oficio y te diré cuál será la agonía que tendrás como destino”. El cuerpo de Emilia por su labor y dones fue destinado a padecer por cada bebé que ayudó a traer a la vida y por cada persona que socorrió.

A esta mujer, su cuerpo le hizo reclamos en varias partes, la principal: en sus manos, en las que sobaron, sanaron y llegaron a salvar vidas. Sus manos, como las de mujeres que dedican toda su vida a los oficios domésticos, dejan ver la fuerza de un pasado que hoy ya no resiste peso alguno. Llevan ineludibles venas abultadas, acompañadas por dedos chatos y aparentemente curvos. Esas manos son las que hoy sufren de enfermedades como artritis, tendinitis o del túnel carpiano, ya que la repetición de ciertos movimientos que requiere el oficio –sobar una extremidad, recibir el calor de la vida o refregar pisos– lleva a la degeneración de huesos, músculos y ligamentos, a lo que Chivolito¹ diagnosticaría como mala suerte.

Emilia, es una enfermera que dedicó su vida y su cuerpo a ser partera y sobandera en Quimbaya, Quindío. En los cincuenta años que ejerció la labor en su municipio, recibió aproximadamente cien niños, sin contar con las mujeres embarazadas que viajaban desde otras ciudades y departamentos en busca de su atención.

“Un día cualquiera, no recuerdo cuándo, pasaba por el parque y alguien me dijo ‘¡Emilita por usted estoy viva!’ – yo me asusté- me dijo: ‘Emilita, ¿no se acuerda que usted me volvió a la vida?’, le pregunté dónde vivía y me dijo que en El cofre, ahí mismo recordé. El esposo y los hijos se fueron detrás a agradecerme”.

La partera atravesaba veredas, trochas y cafetales

a los que hace sesenta años era complicado llegar. En una ocasión, las horas de camino impidieron que llegara a tiempo a socorrer una mujer, cuando entró en la habitación encontró a su paciente tirada en una

Por razones biológicas dedicarse a ciertos oficios requiere cierta predisposición y adaptación del organismo, cosa que la partera en poco tiempo logró.

cama, con el cuerpo rígido en medio de un charco de sangre, estaba aparentemente muerta. La partera hizo lo de siempre: persignarse y seguir su instinto. Limpió y desinfectó a la mujer, le barrió la placenta mientras le suplicaba a José Gregorio²

que le ayudara, hasta que escuchó un chillido, no, era más bien un aullido de dolor, la paciente había aullado confirmando que volvía a la vida.

“¡Emilita por usted estoy viva!”.

Emilia desde niña fue creyente y la vocación llegó a ella cuando estaba muy joven, por lo que a sus 18 años quiso ser monja, pero por cuestiones de recursos decidió ser enfermera, labor que le permitiría estar al

servicio de la comunidad, al servicio del prójimo, al servicio de Dios. Estudió en la Clínica de Palmira y fue allí donde comprendió que tenía habilidades a las que no se podría negar.

Por razones biológicas dedicarse a

¹ En una crónica de Salcedo Ramos, *Chivolito* es un animador de un pueblo del Caribe que se dedica a contar chistes en los velorios, y que cree que los dolores que padece por su oficio son cosa de “mala suerte”.

² Médico, científico y filántropo de profunda vocación religiosa. Considerado como santo, pero no ha sido canonizado por la Iglesia católica.

ciertos oficios requiere cierta predisposición y adaptación del organismo, cosa que la partera en poco tiempo logró. La delgadez de su cuerpo adquirió una fuerza que no parecía provenir de ella. Sus flacas piernas resistieron horas de estar parada sin descanso y también horas de largas caminatas por trochas. Sus manos y brazos tomaron la rigidez necesaria para barrer la placenta de una mujer después de dar a luz. Sus ojos se acostumbraron a ver en medio de la oscuridad o del resplandor de un pequeño velón y así, con esa poca luz, darle la bienvenida a una nueva vida.

Sin embargo, la predisposición de su cuerpo a su labor de partera no fue suficiente para permitirle tener hijos sanos. Después de estudiar enfermería se casó con Albeiro, un hombre amable y cariñoso que había conocido en Quimbaya. Sin saberlo, el hombre que

amaba tenía su mismo tipo de sangre³.

A los 23 años Emilia se despidió de su primer hijo muerto. A los 25 tuvo su segundo hijo. Su segunda ilusión murió de una enfermedad cuando tenía 11 años. Cada día estaba inundado de lágrimas, dolor e incompreensión; la pareja veía con recelo y ternura a los niños que felizmente corrían por el parque, y a sus padres que con los brazos abiertos los esperaban para brindarles amor.

Transcurrieron dos años más. Emilia quedó nuevamente embarazada, la incertidumbre invadió a la alegría: el bebé también murió. Una vez más, la mujer con el bebé en sus manos, lo bendijo y entre lágrimas y un pequeño esbozo de sonrisa, se despidió de él. No lo sabía, pero sería su último parto y su último hijo muerto. Después de tres intentos la pareja comprendió que

había una incompatibilidad sanguínea.

- “¿Quién atendió los partos?
- [Sonríe con ternura]... Pues yo, en la vida hay que ser verraca, mamita”.

Emilia quería volverlo a intentar, Albeiro no lo permitió. Emilia continuó recibiendo en sus manos el fruto de la vida de alguien más, continuó levantándose cada día a recibir hijos ajenos, como si fuera el rey Midas⁴ versión partera.

El amor de Emilia y Albeiro duró 63 años hasta que la muerte los separó. Ella se quedó sin su amado y sin los hijos que tanto anheló. También, continuó el luto a su esposo aún después de haber pasado años de su muerte. Se quedó con todas las blusas y las faldas negras que tenía en su ropero y lo de color, probablemente lo regaló. De este amor tiene una casita de bareque (que con el paso del tiempo se ha ido cayendo a pedazos)

³ Cuando la pareja tiene Rh positivo + Rh negativo y el feto no hereda el Rh de la madre, se puede presentar una incompatibilidad, ya que, al mezclarse los glóbulos rojos de madre e hijo, se generan anticuerpos; reacción que puede provocar enfermedades en el feto, la interrupción del embarazo o incluso el óbito (muerte fetal en útero).

⁴ Midas fue un rey al que Dionisio –hijo de Zeus y dios del vino- le concedió tres deseos. Él en su avaricia deseó que todo lo que sus manos tocasen se convirtiera en oro. Midas podía convertir todo su reino en oro, pero probablemente moriría, porque no podía acceder a lo más básico que su cuerpo requería. Era tenerlo todo y al mismo tiempo no tener nada.

ubicada en las afueras de Quimbaya. Un árbol de naranjas, un pequeño estanque de agua sucia, tres o cuatro sillas corroídas por el sol, un perro, dos patos y una que otra gallina le hacen compañía.

El cuerpo de Emilia llevaba 86 años preparando sus armas para irse en su contra. Un día cualquiera en su estómago, se desató una fuerte úlcera que alcanzó a quemarle las cuerdas vocales; a cambio le dejó una voz suave y forzada, también una respiración agitada y entrecortada que no le permite hablar fluidamente, sin antes tomar varios descansos y respiros. Otro día cualquiera, el corazón se reveló, Emilia sufrió de un ataque al corazón y quedó con un aviso: *precaución, órgano susceptible a hacer huelga.*

Hubo otro día en el que sin saber lo que le esperaba, la mujer salió de la cocina de su casa y tropezó con una piedra: se fue de espaldas y todo el golpe lo recibió su cabeza, quedó inconsciente,

la sangre salió corriendo. Después de muchos minutos alguien la encontró y la llevó al hospital. Su largo cabello blanco —el que seguramente llevaba muchos años cuidando— fue cortado para poder proceder quirúrgicamente y evitar que se desangrara, la sangre que logró escapar de su cabeza fue tanta que el resultado fue anemia.

Para completar el cúmulo de pequeñas y grandes tragedias, hace poco, su compañía más especial desde de la partida de su esposo, un perro pequeño y juguetón, también murió. Una mañana después de haber jugado con su mascota, Emilia abrió la puerta de su casa, el perro salió corriendo y fue atacado por un perro que le doblaba en tamaño y que en tres mordiscos ya lo había matado, el cuarto fue para el tobillo de Emilia.

Pese a todo lo anterior, esta mujer de paso lento

camina por la calle saludando a todo el que conoce con un beso por cachete y una bendición. En sus ojos se puede ver el brillo que en otras personas de su edad se ha desgastado, porque su mirada parece guardar un secreto, una pequeña parte de su cuerpo no le reclama como todas las demás. Tal vez sus ojos y su sonrisa se negaron a armarse contra ella, porque entendieron algo que el resto del cuerpo no: a Emilia le queda lo único que no se le puede quitar al hombre.

- “Soy feliz. Todo se lo debo a Diosito y a la Santísima Virgen, todo se lo debo a ellos”.



Texto

Natalia Barriga Gómez

Ilustración

Pablo Zamboni

RESEÑA

UN ATARDECER MUY ROJO

Johan Andrés Rodríguez Lugo



Imagen: Alfaguara

Narrativa Hispánica

Hace tres años que Colombia le dijo al mundo que no quería paz, que se justificó afirmando que los años que duraron los diálogos no fueron suficientes para cambiar el país, para salir del conflicto y demostrar que, a pesar de la guerra, el problema se encontraba dentro de las esferas del poder, que no es algo nuevo pero que carcome desde adentro, ese cáncer que está acabando con el país y que se llama corrupción.

Si bien las historias narradas en *“Viaje al interior de una gota de sangre”* son ficción, no dejan de ser el reflejo de la situación actual de las ciudades, de los municipios, de la gente. Paisajes, expresiones, escenarios y costumbres que se convierten en libretos narrados en cada uno de los pueblos colombianos que día a día se ven enfrentados a esa realidad constante que es el desarraigo, la guerra, el narcotráfico o el desamparo del gobierno.

Daniel Ferreira, con un lenguaje cinematográfico, presenta un comienzo sangriento, donde se describe el inicio y el final de la novela, luego como lo hizo Greg Marcks, en *“11:14 – Destino fatal”*. Nos va presentando a

unos cuantos personajes del pueblo; quizás no los habitantes ejemplares, quizás solo los estereotipos comunes que se multiplican en el país, quizás simplemente aquellos que tenían algo para contar, recordar, analizar. Pero, que al terminar el relato son la muestra de que la violencia no solo se presenta entre dos bandos armados, sino, en los pequeños conflictos al interior de una ciudad, de una calle, de una casa, de una persona, de una gota de sangre.

Al ser una guerra que, en la mayoría de oportunidades, se libró en el campo las personas de la ciudad no están familiarizadas con el estallar de las pipetas y el daño de la metralla; se tiene la falsa idea que todos son victimarios por acción u omisión. En este sentido Ferreira nos muestra estos lugares apartados desde otra óptica, donde a pesar de las dificultades se sueña con un mejor mañana, las ansias de escapar son constantes y la esperanza de tener otro amanecer son las ganas de despertar cada día.

Los jóvenes se toman el protagonismo de esta historia, quienes sueñan con poder ir a las capitales a cumplir sueños, quienes entienden que la vida no se encierra dentro del parque principal del pueblo o

dentro de la finca de un narcotraficante que sustenta los gastos mensuales de la casa a cambio de placeres momentáneos. Porque siempre se ha dicho que son los niños el futuro del país, y como lo menciona uno de los personajes – los niños tienen derecho de saber la verdad – aunque esta verdad solo sea de sufrimiento y muerte.

A pesar de que nunca se mencionan a grupos paramilitares, FARC o ELN, las actuaciones de estos marcan la realidad de esta masacre en Aguacaliente, el pueblo de un cura guerrillero, de una adolescente que trabaja con su cuerpo, de unos niños fisgones de bañistas desnudas, de un profesor homosexual y de una mujer lectora de la biblia. Todos y cada uno representan esa parte pequeña y sustancial del país que, aunque polarizado, es capaz de entender que la muerte puede llegar en cualquier momento, incluso en la tarde, durante las fiestas del pueblo, en el instante mismo de la coronación de la reina.

Laboratorio
Narrativo

